

te. Como no trato de darme lustre y sí únicamente decir la verdad, aunque sea en contra mía, confesaré que yo no tenía talento; mi inteligencia ha sido siempre medianeja, pero con la mecánica del estudio suplía lo que me faltaba de cacumen, de modo que no es maravilla sacara en todas las asignaturas la calificación de *bueno*, adjetivo que he llevado perdurablemente de sambenito.

Por bueno me odiaban mis compañeros y apartabanme de sus juegos, como apestado. Era yo el pollo intruso en el corral, que la turba gallinácea mira con desconfianza, acosa al primer descuido y maltrata cobardemente. Como no me prestaba á decir mentiras, ni á cometer actos de indisciplina, y guardaba compostura y medía las palabras y en todo era irreprochable, me tenían grande aborrecimiento. Yo me consumía de tristeza viéndome aislado, y he llorado más por ser bueno que si hubiera nacido malo y mis maldades me acarrearán el merecido castigo. Porque de haber sido malo como los demás, ó menos bueno de lo que era, habría compartido sus alegrías infantiles y no lo hubiera pasado en las horas de recreo sentadito en el umbral de aquel patio lóbrego contemplando melancólico cómo retozaban y cuán felices parecían los diablillos, sólo por el privilegio de serlo.

Dormía yo en una alcoba contigua á la de mis hermanas, y recuerdo que frente á mi camita de bambú había en la pared colgada una estampa grande de San Miguel con el legendario Satanás á sus plantas, á me-

dio reventar por el peso del arcángel y soltando por la negra boca, erizada de dientes como la del cocodrilo, rojas y miedosas llamaradas. No me acostaba yo



Señor Satanás, hágame el favor...

ni me levantaba sin rezar mi oración al santo, las manitas juntas. Pues, una noche, herido y lloroso por las injusticias del día, me pareció que era ocioso pedir al cielo lo que con tanta prodigalidad me ha-

bía concedido y que más valía rogara al diablo alguna dádiva de las suyas para que en la escuela y en casa me considerasen y mimaran; así, poniendo los ojos en la espantosa figura luciferina, dije con mucho fervor:

— Señor Satanás, hágame usted el favor de hacerme malo como á los otros, porque yo quiero ser como los demás y no un fenómeno, que como á fenómeno me tratan, me rechazan, me agobian y martirizan. Si no me hace usted malo, señor Satanás, no podré defenderme de mis hermanas, ni de mis condiscípulos y mañana de la gente malévola que puebla el mundo. Así estoy como si desnudo anduviera. ¡Acuérdese usted de mí, señor Satanás!

Por supuesto que el maldito demonio no me hizo



caso y seguí siendo un pedazo de pan, que todos morisqueaban y hacían de él papilla á su antojo. De esta guisa pasé mis años menores, sin alegrías, niño triste y reconcentrado que escondía su almita de la vista de los demás, como pajarillo que llevara en la mano y temiera que se le arrebatasen.

Si hubiera yo vivido en un ambiente místico, seguramente habría salido cura. Pero mi padre era un descreído, mi madre una indiferente y las prácticas religiosas de mis hermanas se reducían á la misa de una en Santo Domingo, cargadas de perifollos y de polvos de arroz. A mí no me llevaban, porque no las descubriera sus gatuperios amorosos. Las veces que yo entraba en la iglesia era por curiosidad, distracción ó pena muy honda; nunca porque lo creyera deber que ni en mi casa ni en la escuela me impusieran. Es cierto que en alguna ocasión, aspirando ya vagamente á la paz y al retiro, me parecía que en ninguna parte como en la iglesia estaría yo mejor, revestido con mi casulla dorada y repartiendo bendiciones entre nubes de incienso. Pero ó no me tiraba en realidad la vocación, ó no estaba de Dios.

Mi padre quería hacer de mí un medicazo como él, mas se convenció que mis nervios no podrían resistir tamaña prueba. Ninguna otra carrera liberal me seducía, no me inflamaba ambición alguna, ni ser rico, ni sabio, ni grande, ni célebre, ni poderoso. Lo que yo quería era ser feliz, ¡feliz!, precisamente lo que no era ni sería jamás. Así contesté á mi padre un día

que me apuraba por la respuesta, y mi padre se rió de mi salida extravagante.

— ¡Si se creerá este chico que la felicidad es una carrera reglamentada por la facultad respectiva! Este, ó se pasa de tonto, ó es muy agudo.

Teníanme por tonto, naturalmente, y desde aquel día me diputaron por incapaz rematado, condenándome á apacentar los rebaños de la *estancia* del Trigal, cuando tuviera la edad, ya que para otra cosa no servía.

Los quince cumplidos habría yo y á punto estaba de dejar el colegio de la calle de Chacabuco, cuando ocurrió en mi casa una tragedia espantosa: la muerte de mis padres, en el mismo día, casi á la misma hora y en circunstancias tan raras como seguramente el destino no volverá á combinarlas. Regresaba mi padre una tarde en su *picazo*, terminadas sus visitas, y al desmontar, no se sabe cómo, dió una gran caída, partiéndose la sien en el filo de la acera. Mi hermana Laurentina, que estaba á la puerta de ojeo con sus galanes, según mala costumbre en aquellos tiempos muy corriente, se asustó y chillando se metió dentro, corrió á la habitación de mi madre, la contó sin prudencia cuanto acababa de ver y suponía realizado, púsose amarilla mi madre, que debía de tener dañado el corazón, y como entrara con mayores gritos Clara y las dos chinas de nuestra servidumbre, en el mismo sofá, aquel sofá de caoba tallada y crin negra que guardo como una reliquia, se quedó muerta la pobrecita sin



decir ¡ay!, á tiempo que de la acera recogían el cadáver de mi padre. ¡Dios mío! Han pasado cincuenta y cinco años y el sacudimiento del recuerdo es tan intenso como la impresión que recibí aquella horrible tarde. ¡Qué cuadro, qué dolor, qué confusión!

La forma brutal de mi orfandad marcó huella profunda en mi espíritu, de suyo apocado y melancólico. Lloré tanto, tan de continuo y por tanto tiempo, que me vino una fluxión á los ojos, de la que padecí meses enteros y á poco más me dejara ciego. Tan intensamente sufría, que para mí el mundo se había acabado, y en la casa tendida de merino negro no se oía más suspirar y más sollozar que el mío, porque mis hermanas, aunque no he de hacerlas la ofensa de creer que no sintieran la desgracia, eran menos sensibles que yo y se ocupaban más de recibir en la sala el pésame de las visitas compungidas, con el mantón por la cabeza como obligaba la moda y quitándose la vez la una á la otra para contar á mi tía Sandalia cómo había sucedido eso, á mi tía que fué la primera que acudió en su volanta revolucionando todo el barrio, y á las de Tejera, las de Paso, Esquendo, Sangil, Mártir, Guerra, Prisco, Vargas, Zaldívar, y todas las Ríquez de los cuatro costados.

Gravísima perturbación nos trajo esta catástrofe. Mis hermanas eran jóvenes (Clara no había cumplido los veintisiete), yo un niño, presentándose el problema si los miramientos sociales consentían que viviéramos en casa sin un vejestorio de respeto, ó aconsejaban

que nos distribuyeran entre la parentela, como repartija de indios. Mi tío Tejera quería llevarme consigo y todos á quien preferían para el caso era á Juanito de Dios, «que no tenía boca ni oídos, no parecía niño, con todo se contentaba y á todo se avenía;» pero yo, agradeciéndolo mucho, supe resistir, que firmeza de voluntad para ejecutar lo que he creído razonable ó justo nunca me ha faltado, así menoscabara ello mi fama de bondadoso entre los que consideran á la bondad y la debilidad gemelas. Excuso decir que mis hermanas resistieron también á marcharse con unas y con otras, desenterrando de no sé dónde á la Ríquez más indigente que teníamos y vistiéndola de tía respetable para que las diera lado.

Mis pobres hermanas han muerto hace tiempo: Clara, de la fiebre amarilla del 71, y Laurentina, de la pesadumbre de sus desdichas y de su verruga. Yo las quise bien siempre, como hermanas y como no podía menos de quererlas. El hecho de nuestro apartamiento ni quita ni pone á este cariño sincero mío y, por decirlo así, obligatorio. Protesto, pues, de que haya de insinuarse que cuanto voy á decir de ambas sea residuo de imaginados rencores, de sospechadas injusticias, de calculadas ofensas. ¡Ah! No sería D. Perfecto, el quijote de la bondad y de la corrección, el impecable maníaco, quien esto escribiera á la sombra de la blanca cofia de Sor Angélica, su amistad postrera y la única.

Yo no he de asegurar que mis hermanas fueran ma-



las, ¡pobrecitas!, ¡Dios las haya perdonado!; pero no puedo ocultar, porque si no mi conducta parecería inexplicable, que, aparte de su carácter independiente y ligero, estaban malísimamente educadas, modelos clásicos de la detestable escuela criolla, que no reconoce principio de autoridad, ni jerarquías, ni diferencias, y en la que todos somos unos y no hay palabra familiar que lleve el sello augusto del respeto. Aun en vida de mis padres, las trifulcas entre Clara y Laurentina eran frecuentes: ¿qué sería cuando, dueñas absolutas de la casa, se disputaban el mando supremo?, guerra de palabras venenosas, de injurias soeces, de manos airadas, no cesaba sino con el sopor del sueño.

A mí me mandaron desalojar la habitación que ocupaba y diéronme de alcoba un *altillo* del fondo, que más bien parecía gatera y donde no podía moverme. Ellas se instalaron en la mejor parte de la casa, cambiaron los muebles é hicieron mangas y capirotos con la renta y cuanto caía bajo su despótica jurisdicción. Cada caso resuelto, ya en favor de Clara ó de Laurentina, costaba á ambas muchos gritos, lágrimas, arañazos y mechones de pelo; siendo, generalmente, la perdidosa Laurentina, como más pequeña y ofrecer de blanco aquella maldita verruga adonde iban á clavar-se todas las saetas de la iracunda Clara.

Esta vida salvaje, que no doméstica, causábame grandísima pesadumbre. Apenas si salía de mi *altillo*; y en mis raros paseos del lado del río, por aquella ciudad muerta que no daba aún señales de la mágica

transformación que hoy nos asombra, y que temblaba miedosa bajo la garra de la tiranía, ocurríanseme pensamientos tétricos, criminales ideas de suicidio. El retorno á casa y las comidas eran para mí suplicios que soportaba en silencio, como todo lo que en ella se hacía, desbarajuste sin medida. Había dejado ya la escuela y esperaba la solución de mi porvenir, pues aun cuando la herencia era sobrada para los tres, en algo tenía yo que trabajar, siquiera por entretenimiento, que mi padre trabajó toda su vida, y ha sido siempre aquí, á Dios gracias, fuerza, ley y costumbre de todos, altos y bajos, trabajar y trabajar, de modo que por aristocrática que sea la mano, en algo más se ocupa que en llevar el bastón.

Digo que en silencio atendía yo á la conducta de mis hermanas. Pero pronto observé cosas incompatibles con el recato de la doncellez y nuestro buen nombre: cartitas que llegaban á todas horas, galanes que esperaban al pie de la ventana ó en la esquina, señas y guiños de lejos, citas en la iglesia y otros excesos de la imprudencia más graves todavía, visitas en la propia sala de jóvenes conocidos, Pepe Sangil, entre ellos, que no iban allí á perder el tiempo seguramente, porque tantos novios habían tenido mis hermanas, que ya fuera difícil que cayera uno en serio.

Hablé á Clara y me chilló, á Laurentina y me sacó por puertas, llamándome zonzo, santurrón y marica. El terremoto de la escandalera me confinó en mi *altillo*, de donde no salí ya sino con las precauciones de



rigor en país enemigo, más por dejar de ver la aborrecible ligereza de mis hermanas que por temor pueril. Pero la severidad de mis principios, mi rectitud inquebrantable no consentían que de aquello que con tanta energía censuraba fuese espectador cobarde. Y resolví ó romper con ellas, abandonando la casa, ó que rompieran ellas sus equívocas relaciones.

Aunque todavía guardaban luto, acudían todas las tardes al *tambo* del barrio, ó vaquería, que era entonces punto de reunión muy elegante de verano, y allí sentadas en los toscos bancos del patio, junto á los pesabres, gustando la leche recién ordeñada que desbordaba de los vasos de vidrio, charlaban con las amigas y discreteaban con los donceles hasta entrada la noche. Yo no iba nunca, por no presenciar lo que sacaba de quicio mi poca paciencia de hermano quisquilloso. Una noche volvieron muy tarde, con Pepe Sangil y otro que no conocía; entráronse ellas, y ellos quedaron á la ventana como esperando una señal convenida; pasaron luego á la acera de enfrente, se fueron hacia Santo Domingo y tornaron á quedar apostados en la puerta misteriosamente. Atisbaba yo desde la azotea estas maniobras, expulsado de mi cuarto por el calor y el insomnio; y adivinando cuanto pasaba y lo peor que se preparaba, me eché de cabeza por la escalerilla, en el momento que salía Clara al patio de puntillas y los pasadores de la ventana de la sala gruñían bajo la mano nerviosa de Laurentina. Al descubrirme, Clara se vino encima de mí y me alargó un

guantazo, alborotóse Laurentina con el ruido y dió la voz de alarma á los sitiadores, que huyeron, saltándome luego hecha una fiera para arañarme, que era yo



Adiós, *ché*, me contestó Clara

mansa oveja que, aunque con un dedo á las dos derribara sin mucho trabajo, de las dos dejé que me golpearan y sobaran á capricho y que á rastras me llevasen á la sala, donde me increparon por entrometido, físgador y polizante insoportable. Desahogáronse cuanto quisieron por boca y manos, y cuando las